

Una opción por los pobres

Hermanas María Isabel y Saturnina, Discípulas de Jesús

José Ibarra*

Esta congregación trabaja en el barrio José Félix Ribas desde 1968. A través del espíritu emprendedor y la entrega de las religiosas, áreas como educación, salud, y el cooperativismo han tenido sus frutos en los habitantes del sector

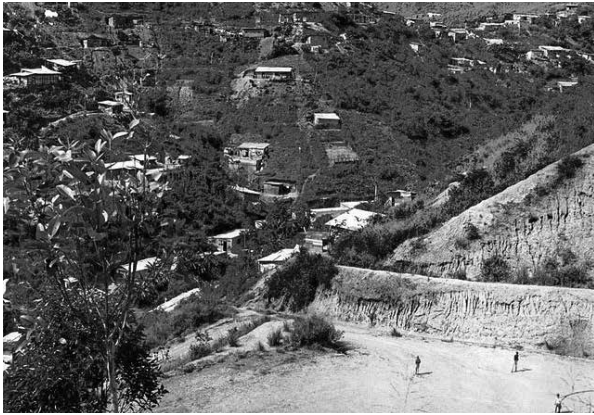
Dejaron su país natal, España, para llegar a nuevas tierras a evangelizar siguiendo los pasos del Maestro, como Discípulas de Jesús. La hermana Saturnina dejó su Talavera de la Reina amada para amar estas tierras venezolanas, país que a ambas les abría los brazos para recibir las.

Es así como comienza su travesía en el año 68 a través de las primeras entrevistas con el padre José María Vélaz (Fundador del Movimiento Popular Fe y Alegría), todo esto como una acción generada desde el Concilio Vaticano Segundo de la Conferencia de Medellín, que fue en el 68, y que “especialmente cuestionaba mucho a la Iglesia porque no llegaba hasta los pobres” –según palabras de la hermana María Isabel– y José María Vélaz y su fundación de educación popular eran la respuesta a ese llamado.

“Nosotras como Discípulas de Jesús –recuerda la hermana María Isabel– queríamos trabajar, queríamos hacer alguna obra por los pobres pero no teníamos los recursos porque apenas estábamos comenzando en Venezuela la misión”. Y a pesar de no conocer muy bien a Fe y Alegría –solo por referencia– se decidieron por esta institución de educación popular que está en los sectores menos favorecidos fundando escuelas.

Para el mes de agosto del año 68 después de las entrevistas con el padre José María Vélaz las hermanas comenzaron a capacitarse para el trabajo comunitario, asistiendo así a un *Curso de iniciación al trabajo con la comunidad* facilitado en el estado Mérida por dos sociólogos. Esa formación duró un mes, el padre Vélaz dio los ejercicios espirituales los cuales fueron base para todo el trabajo. Otro de los cursos fue el de Cooperativismo, dictado por un padre jesuita español, joven, que para esa fecha estaba en Venezuela fundando cooperativas. Es así como vemos que las hermanas comienzan a prepararse para una obra de gran envergadura comunitaria en la calle Fe y Alegría de la zona 10 del barrio José Félix Ribas de Petare.

Recuerda con mucha alegría la hermana María Isabel “en septiembre del 68, ya estábamos aquí, viendo la escuela y viendo cómo se podía



hacer. La escuela no era más que un galponcito con tres paredes y un techo de zinc bastante agujereado. Y entonces esa escuelita o ese galpón lo acondicionamos todo lo que pudimos para empezar la escuela”.

Comenzaron a recibir ayuda de todas partes; ese año del 68, el padre Jesuita Mariano Fuentes y un equipo de muchachos limpiaron y pintaron la escuela.

Para las hermanas no fue fácil comenzar la obra en una zona que tenía caminos de tierra, tenía una gran altitud, bastante pronunciada; sin embargo, eso no las llevó a rendirse, sino a luchar por el desarrollo de una nueva comunidad que estaba empezando a ver la vida. Recuerdan que para llegar a la escuela se abrió un camino de tierra y por esa carretera subían a pie llevando las cosas para el funcionamiento del Colegio Jesús Maestro, con el tiempo Fe y Alegría les concedió un jeep y entonces ya era mejor la cosa porque podían cargar todo aquello que necesitaban para dar las clases, incluso el agua.

Al iniciar la escuela recuerdan que no había ni agua ni luz, “después pusieron la luz pero nos faltaba el agua. El agua faltó todavía durante mucho tiempo”. Para satisfacer la necesidad del vital líquido traían un camión cisterna, pero a los camiones les costaba mucho subir el empinado camino de tierra y en ocasiones los choferes no querían ir a la zona. De manera jocosa nos relata la hermana María Isabel que “el padre José María inventó una casetica para la bomba y de ahí se bombeaba el agua para un tanquecito que teníamos más arriba de la casa y de ahí caía por gravedad”.

El colegio tenía a su alrededor ranchitos contruidos con cuatros columnas de madera y un techo de zinc y algunas casas fabricadas de bloques. Es así como al enterarse los vecinos de las diferentes zonas (La Montañita, Zona 6, Zona 7 y Zona 8) que había un colegio administrado por unas monjitas comenzaron a visitarlo con la finalidad de inscribir a sus hijos en él.

Para el año 69, hubo que poner doble turno, porque empezaron a llegar muchachos *grandototes* –como lo narra la hermana María Isabel–,

de 18 años, que no habían hecho sexto, de 15 años que estaban en quinto o se habían quedado en cuarto. Es así que en la mañana se dedicaban a los más chiquitos y en las tardes a esos jóvenes que no habían completado el ciclo de primaria.

Además del colegio, las hermanas comienzan a orientar a unos vecinos de la Zona 10, pertenecientes a una asociación de vecinos, sobre el cooperativismo, con la finalidad de que solucionaran sus problemas entre ellos mismos a través de una Cooperativa de Ahorro y Préstamos, prestando dinero al 1 % para que compraran los artefactos para el hogar sin pagarlos a plazo pues les salían más costosos.

La hermana Saturnina recuerda que junto con el colegio fundan el dispensario, y también un taller de costura. “La hermana María Isabel y la hermana Antonia fueron las primeras que vinieron; y yo estaba desde el principio destinada a venir aquí. Yo estaba en Anzoátegui y me dijo la Madre que viniera a Petare pero como no había luz ni agua, que hasta que no hubiera luz que no viniera (...) y yo vine el 15 de febrero del 69 porque ya llegó la luz y ya nos quedamos a dormir aquí porque ellas se iban a dormir a Caracas”. Con la decisión de trabajar por los pobres decide obedecer, sin saber qué era Fe y Alegría ni qué era Petare.

Al principio no había dónde ubicar el taller pero además no se contaba con los recursos necesarios, pero lograron construir un galpón al lado de la casa donde pernoctaban y ahí ubicaron las máquinas y la costura, asistiendo muchas señoras de la comunidad. Nos dice la Hermana Saturnina: “Como tengo el diploma de *Corte y Costura*, de profesora, pues se me ocurrió dar el corte y costura a la gente del barrio, a las señoras y a los niños de sexto grado”. Recibiendo el apoyo de la institución Astramara perteneciente a la Shell, quienes donaron ocho máquinas de coser, marca Singer, para el taller.

Las hermanas en su afán por ayudar a la comunidad a salir adelante, deciden, tanto la hermana Saturnina como la hermana Antonieta (ambas ya fallecidas), realizar un curso de pri-

meros auxilios en la Cruz Roja, era septiembre del 69, se graduaban ese mismo año. En la Cruz Roja se interesan en las dos monjas y al saber que pertenecían a Fe y Alegría deciden apoyar esa obra social. “Y cuando vieron en el salón de costura que las mesas eran carteleras que se les habían puesto unas paticas, pues vinieron así mismo”. A partir del 7 de enero del año 70 se presentó todo el curso, venían los sábados en las tardes. Empezaron a pasar consultas en aquel salón, habilitándose otros espacios para colocar las mesas. Otros iban por los barrios a hablar de política, otros a dar catecismo, otros primeros auxilios, y así nació el dispensario sin estar planificado.

El apoyo de los empleados de la Shell para el trabajo de las hermanas Discípulas de Jesús fue de gran valor, tomaron fotografías del saloncito donde funcionaba el dispensario y el taller de costura y construyeron un edificio el cual les fue entregado en septiembre del 71.

Ya instalados en el nuevo edificio, los estudiantes de medicina se fueron graduando porque estaban en el último año de la carrera, recuerda la hermana Saturnina, y solo se quedó un médico gallego apoyándola los días viernes. Para esos días las visitó una trabajadora social quien al ver la situación del dispensario y la preocupación de la hermana Saturnina, conversó con otro grupo de estudiantes de Medicina de la UCV que estaba en la Cruz Roja y ellos prestaron su colaboración. Con el tiempo la hermana Saturnina logró contratar al personal médico fijo para el dispensario.

La preocupación de estas hermanas por el desarrollo y bienestar comunitario las llevó a imaginarse grandes obras sociales y a trabajar por ellas. Es así como la hermana María Isabel nos dice: “Hay que partir de que Fe y Alegría al llegar a los barrios, las necesidades más urgentes son o eran, para esa época, la educación y la salud”.

Ese desarrollo comunitario, motorizado por las hermanas Discípulas de Jesús, representadas en esta entrevista por las hermanas María Isabel y Saturnina, se evidencia, primero, en la apertura del Colegio Jesús Maestro, unidad educativa que todavía hoy en día ofrece alternativas de vida para los habitantes del barrio José Félix Ribas y sus adyacencias, motorizando procesos comunitarios para la solución de sus propios problemas.

Segundo, la promoción de la mujer, el hecho de que abrieran un taller de costura y que las mujeres pudieran aprender –por su cuenta– para solucionar sus necesidades más urgentes, pues eso era para ellas motivador, enseñarles un oficio que les daría el sustento y un mejor futuro para sus familias.

Tercero, la creación de un taller de cerámica, que no tuvo éxito para las mujeres, sino que se hacía con los niños del colegio a partir de cuar-

to grado. Todo el mundo pasaba porque había una materia que era Educación para el Trabajo y el padre José María Vélaz era muy partidario de que los niños se fueran preparando para un trabajo productivo. Al hablar del taller de cerámica recuerdan que uno de sus profesores, el profesor Chon, participó de esos talleres. La hermana María Antonia lo enganchó al trabajo de la escuela por su habilidad con la pintura y hasta el día de hoy trabaja en el área de folclore del colegio.

Cuarto, el dispensario, el hecho de que el barrio contara con su propio centro de salud se comenzó a valorar y es una obra que se le debe agradecer a la hermana Saturnina quien se desvió siempre por ese dispensario, por tenerlo al día, por conseguir los instrumentos, conseguir la unidad odontológica, para que los vecinos tuvieran una atención digna.

Es así como estas mujeres, cumpliendo su misión, trabajaron por los pobres en Petare, desde áreas prioritarias para el desarrollo comunitario como son la educación, la salud, el emprendimiento a través de la cooperativa y los talleres de costura y cerámica. Son reconocidas y conocidas en todo el barrio José Félix Ribas por su valiosa labor en pro de las comunidades. Cabe destacar que esta entrevista se llevó a cabo en el año 2013 y hoy la escribo en honor a estas mujeres que han dejado huellas en nuestra sociedad.

*Profesor de la Escuela de Trabajo Social/UCV.